
El apóstol Pablo en Roma

*Clacir Virmes Junior*¹

Introducción

Uno de los más elementales principios de interpretación textual es tener en cuenta el momento histórico y las circunstancias que dieron origen a un texto determinado. Con el estudio de la Biblia no es muy diferente. Podemos tener certeza de la relevancia de los mensajes divinos, al entender cuán relevantes fueron en el momento en el que fueron dados por primera vez.

Siendo que el problema del pecado y la maldad todavía permanecen, aún pasado mucho tiempo, podemos tener la seguridad de que la respuesta divina a las inquietudes humanas aún no ha perdido su importancia y vigor.

La carta del apóstol Pablo

Cencrea era el puerto marítimo de que se valía la ciudad de Corinto. Situada hacia el este, a 11 kilómetros de la ciudad, era la puerta hacia el mar Mediterráneo. Lo que sucedía con Corinto, afectaba de manera directa su existencia. Hay pocas informaciones acerca de esta ciudad en la literatura griega, incluyendo el aporte de la arqueología. Se sabe que, en la época en la que Corinto fue destruida, en el año 146 a. C., Cencrea sufrió el mismo destino. Pero cuando Julio César restauró la metrópoli corintia en el 44 d. C., el puerto y sus alrededores fueron beneficiados por ello.

Las referencias a Cencrea en Hechos 18:18 y Romanos 16:1 (las únicas en el texto bíblico), parecen indicar que había una comunidad cristiana bien establecida en ese lugar. Hallazgos arqueológicos confirman la existencia de una iglesia cristiana fechada en el siglo IV d. C., lo que demuestra la influencia cristiana en el lugar. Es posible que Febe, mencionada en Romanos 16:1, fuera comisionada por Pablo para llevar la epístola a la ciudad de Roma.

¹ Clacir Virmes Junior se graduó en Sistemas de Información, y en Teología. Cuenta con maestrías en Teología Bíblica y en Ciencias de la Religión. Se desempeñó como pastor distrital durante cinco años en la Misión Noreste de la Unión Nordeste Brasileña (UNeB) y desde 2016 es profesor de Nuevo Testamento, además de coordinar las actividades de extensión, en el Seminario Adventista de Teología, sede Bahía (Brasil).

El deseo de Pablo de visitar Roma

Algunos ven una contradicción entre las razones presentadas por Pablo para ir a Roma, en Romanos 15:20 y en su declaración al comienzo de la carta, en Romanos 1:3. Aparentemente, Pablo quería predicar el evangelio en Roma, pero hacia el final de la epístola, parece haber cambiado de idea, deseando sólo “pasar” por la ciudad en su camino a España. ¿Es posible que Pablo fuera renuente a predicar el evangelio en lugares donde ya existían comunidades cristianas?

Necesitamos comprender el concepto que Pablo tenía de su ministerio. La clave parece estar en la declaración que encontramos en 1 Corintios 3:5-9. El texto deja en claro que varias personas habían trabajado en la iglesia de Corinto. Con el transcurso del tiempo, las personas alcanzadas por determinados ministros (Pablo, Apolos, y otros), comenzaron a pensar que eran superiores a otros cristianos. El apóstol se manifestó firmemente en contra de este modo de pensar egocéntrico y, en su explicación, dejó traslucir que consideraba su propio ministerio en términos de fundación de iglesias. Así, en el contexto de Romanos, Pablo estaba reforzando la idea de que, luego de pasar algún tiempo con los cristianos de Roma, su deseo era continuar su ministerio de plantar iglesias.

Pablo en Roma

Es muy probable que la mención a los líderes judíos en Hechos 28:17 sea una referencia a los líderes de diferentes sinagogas situadas en la ciudad. En Roma no había un cuerpo organizado que tuviera autoridad sobre todas las congregaciones judías. Eso debió constituir un elemento facilitador para la predicación del evangelio entre los judíos romanos, siendo que cada sinagoga era autónoma y podía recibir a los predicadores cristianos fuera de la mirada escrutadora de algún órgano fiscalizador, tal como era el caso del Sanedrín en Palestina.

Es importante notar que el arresto de Pablo no constituía su sentencia. En la Antigüedad, ser apresado no significaba en sí mismo una condena por algún crimen. Sólo aseguraba que el acusado permaneciera detenido hasta su juzgamiento. Así, vemos que el apóstol Pablo aprovechaba todas las oportunidades a la mano para hablar de Cristo. Él no sabía cuál sería el resultado de su juicio, por eso para él cada minuto era precioso.

Los “santos” de Roma

Era común que Pablo se refiriera a los creyentes de cada lugar como “santos” (Romanos 8:27; 1 Corintios 6:1, 2). El pueblo de Dios en el Antiguo Testamento también era comúnmente denominado como “santos” (Salmo 16:3; 34:9; Isaías 4:3; Daniel 7:18; 8:24).

El apóstol se refirió a la iglesia conformada por gentiles y judíos como “los santos que están en Roma”. Mientras que los judíos de su tiempo se adjudicaban a sí mismos el mote de “santos” porque pensaban que eran más celosos de la Ley que los gentiles, al denominar a una congregación mixta como “santos”, Pablo comenzó a enfatizar el hecho de que la santidad está más allá de una mera observancia externa de códigos de conducta. Como lo demostró en otras oportunidades, el apóstol tenía en mente la santidad que surge de una relación con Cristo, como una respuesta a lo que Jesús hizo, y no una formalidad externa sin valor alguno.

Los creyentes de Roma

La fe de los cristianos de Roma era notable. Pablo todavía no había siquiera visitado la iglesia de aquella ciudad, y ya había escuchado noticias acerca de su fe (o fidelidad). Reflejada en las palabras del apóstol en Romanos 1:8, encontramos la idea de que la experiencia de los cristianos en Roma era tan viva y causaba un impacto tan grande en la sociedad que, incluso a kilómetros de distancia, y en todas partes, la gente sabía la diferencia que Cristo había causado en sus vidas. Desgraciadamente esto era algo que probablemente Pablo no podía decir de todas las iglesias, incluyendo las de nuestros días. Aunque prometiéndolo fidelidad a Jesús y compromiso a vivir bajo el amparo de su Ley de amor, muchas comunidades cristianas son más disfuncionales que, a veces, la propia sociedad que las rodea.

El apóstol reconoció que los cristianos de Roma eran aptos para amonestarse unos a otros. La capacidad de exhortación es el resultado de la unión entre la bondad y el conocimiento. Si amonestamos sólo con bondad, podemos tender hacia un sentimentalismo barato que, en el fondo, no se involucra con la persona: apenas coloca “paños fríos” sobre una determinada situación incómoda. Pero, por otro lado, una amonestación sólo basada en el conocimiento, puede ser severa, fría, y –nuevamente– evidenciar desinterés por las personas. Es necesario ejercer bondad y conocimiento para que nuestra exhortación sea fiel a los principios bíblicos, en la misma medida que es cuidadosa y amable hacia las personas.

Conclusión

Aunque los primeros planes de Pablo para su visita a los cristianos romanos fueron modificados por las circunstancias, la correspondencia apostólica con esa importante congregación cristiana del primer siglo permanece hasta nuestros días. La iglesia ubicada en Roma, probablemente la mayor ciudad del imperio en aquellos tiempos, y a pesar de los desafíos urbanos que enfrentaba, estaba madura para recibir la instrucción de Pablo, y convertirse en la base para el avance del evangelio en aquellos días.

Al comenzar nuestro estudio sobre este tratado apostólico acerca de la bendición de la salvación, ojalá que podemos reflexionar sobre la situación de nuestras iglesias locales, orando para que Dios las convierta, por nuestro intermedio, en lo más parecida posible a la iglesia que fue el objeto de la carta que estudiaremos en este trimestre, para que también hoy nuestra fe y fidelidad puedan impactar en el mundo que nos rodea.

Clacir Virmes Junior
Profesor de Nuevo Testamento
Seminario Adventista Latinoamericano de Teología
Facultad de Teología de Bahía



Traducción: *Rolando Chuquimia*

RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©